

# LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VII

←BARCELONA 5 DE MARZO DE 1888→

Núm. 323

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



LA REINA MARIA DE HUNGRIA Y SU MADRE ANTE LA TUMBA DE LUIS EL GRANDE, cuadro de A. Liezenmayer

## SUMARIO

TEXTO. — Nuestras grabados. — *El lobo de la feria* (conclusión), por don Antonio de Valbuena. — *La mejor palabra*, por don A. Sánchez Pérez. — *Un muchacho poeta*, por don Eduardo de Palacio. — *Los inventores y los ciegos*.

GRABADOS. — *La reina María de Hungría y su madre ante la tumba de Luis el Grande*, cuadro de A. Liezenmayer. — *La familia de Boabdil abandonando la Alhambra*, cuadro de D. Manuel Gómez Moreno. — *La presentación de la Virgen*, cuadro de Rembrandt. — *¡Ansiedad!* cuadro de Baixeras, grabado por Sadurní. — *Los intransigentes*. — *En el teatro*. — *La cuenta*. — *El pretendiente*. — *Los inventores y los ciegos*. — *Suplemento Artístico: Lancha de una dama árabe de alto rango*, cuadro de F. M. Bredt.

## NUESTROS GRABADOS

LA REINA MARÍA DE HUNGRÍA Y SU MADRE  
ante la tumba de Luis el Grande

Cuadro de A. de Liezenmayer

Recuerda este lienzo una de las épocas más azarosas de la historia de Hungría y una de las escenas más dramáticas de esta historia. Cuando, en el año 1382, ocurrió la muerte de Luis el Grande, que había unido las coronas de Hungría y de Polonia, los Estados húngaros, reunidos en Stuhlweissenburg, proclamaron reina y juraron fidelidad a la joven María, hija del difunto monarca, bajo la tutela de su madre, la reina viuda Isabel. Pero los nobles de Hungría, ganosos de combatir y mal avenidos con el gobierno de una mujer, tramaron toda suerte de intrigas y conspiraciones, favorecidas por la pérdida de Polonia, que pasó a poder del príncipe Yagelón de Lituania, esposo de Eduvigis, hija de la reina regente. Con este y otros pretextos los conspiradores arrojaron la máscara y dirigiéndose sin pérdida de tiempo a Nápoles ofrecieron la corona de Hungría a Carlos Durazzo, de la casa de Anjou. Dirigióse éste al país cuya soberanía le era brindada y captándose gran número de partidarios, no sólo fué aclamado rey, sino que cuando entró en la ciudad donde había de tener efecto su coronación, llevó consigo a la princesa destronada y a su madre la regente, bien así como los antiguos conquistadores hacían preceder sus carros de triunfo por los soberanos vencidos. La coronación de Durazzo tuvo lugar el día 31 de diciembre de 1385, en la misma ciudad donde había sido aclamada María.

El autor de este cuadro ha dado forma bella al instante solemne de la coronación del usurpador. La idea de colocar a las desdichadas reinas junto al sepulcro de su padre y esposo, es de efecto seguro. La actitud apenada de María y el severo continente de Isabel, revelan cumplidamente el estado de su ánimo. Diremos, simplemente, para completar la narración histórica, que al cabo de poco tiempo el príncipe de Anjou fué a su vez destronado y herido mortalmente por los partidarios de la hija de Luis el Grande, la cual casó más tarde con Segismundo, su anterior prometido, futuro emperador de Alemania.

## La familia de Boabdil abandonando la Alhambra

Cuadro de D. Manuel Gómez Moreno

El señor Gómez Moreno fué a Roma pensionado por la Diputación provincial de Granada, y rindiendo el debido tributo de gratitud a la ciudad que baña el Genil, tuvo la feliz ocurrencia de escoger para asunto de su primer envío uno de los hechos más notables de la granadina historia.

El día 2 de enero de 1492, mientras los Reyes Católicos se preparaban para entrar triunfalmente en la que un día antes era corte de Boabdil, la familia de éste abandonaba la querida Alhambra y emprendía el camino del destierro. Todo había terminado para la raza musulmana en España; las aguas del Genil habían borrado las manchas impresas junto al Guadalete.

Según el señor Moreno, la familia del último rey moro de Granada se compone casi exclusivamente de mujeres. Esta suposición está bien fundada; los varones, con Boabdil al frente, habían salido al encuentro de los vencedores y entregado las llaves de la ciudad santa, que no debieron abandonar sino después de muertos. Todo es desolación en el alcázar; todos revelan en su semblante ó en su actitud el dolor del desterrado ó la estúpida resignación del fatalista: únicamente la reina madre se muestra entera; su expresión es altiva, su paso seguro, su temple enérgico. En su mente bullen ya las palabras que dentro de poco dirigirá a su hijo: «Llora como un niño, ya que no supiste defenderte como un hombre.»

Este lienzo, cuyas proporciones permiten que las numerosas figuras del primer término de la composición sean de tamaño natural, revela que el señor Moreno se sentía desde el primer año de su pensión (1880) con aliento bastante para acometer un empeño de honra artística. No puede quejarse del éxito; sus primeras armas le ponían en el caso de hombrarse con algunos maestros. La figura menos feliz del cuadro quizás sea la de la sultana. Sin duda ahí estaba el peligro y harto hizo el artista novel sorteándolo sin que la obra se estrellara en ese formidable escollo.

## LA PRESENTACIÓN DE LA VIRGEN

cuadro de Rembrandt

Antes de ahora nos hemos ocupado del ilustre autor de este cuadro, que es una de las joyas del museo de la Haya. Esta ciudad fué la primera en comprender el genio del hijo de un molinero, destinado a carrera literaria por su padre y arrastrado por vocación al culto del arte. A el Haya llevó el pintor novel su primer cuadro, encontrando quien le pagase por él cien florines, que decidieron del porvenir del insigne artista. A el Haya, pues, correspondía la obra en que Rembrandt demostró, más que en otra alguna, la fuerza de su talento.

Aparte la distribución, agrupación y carácter de los personajes, que a pesar de ser muchos se mueven desahogadamente en la escena, la impresión general, la tónica del color, no puede ser más acertada. Reina en el interior de ese templo cierta oscuridad misteriosa, permitiendo que un rayo de luz sobrenatural, pero en nada forzado, haga resaltar el precioso grupo de los protagonistas. Nadie, a la vista de este lienzo, puede dudar del sitio en que tiene lugar la escena, ni tampoco de la solemnidad que reviste. Allí está Rembrandt con toda la firmeza de su ejecución, con toda la magia de su colorido.

Y sin embargo, una vez más hemos de decirlo, ahí está al propio tiempo el pintor que no posee ninguno de los conocimientos auxiliares del arte, porque ni ese edificio es un templo judío, ni esos trajes son de época, ni esas figuras tienen rastro alguno de orientalismo. La sana crítica, que condena con razón sobrada a esas Venus del siglo XVII que salían a las tablas con tonillos y a esos Martes que parecían recién llegados de Flandes, ha de lamentar no menos unos anacronismos que son tanto más indisculpables cuando los comete un artista de talento verdaderamente privilegiado.

## ANSIEDAD, cuadro de Baixeras

Se ha desencadenado la tempestad. El mar, ese monstruo dominado por el hombre, parece recobrar la conciencia de su fuerza y se subleva

como un pueblo que sacude el yugo de su insostenible tirano. ¡Ay de quien, en tales momentos, se encuentra al alcance del monstruo!...

Las lanchas pescadoras no han tomado tierra: sus tripulantes desafiaron un peligro que estaban acostumbrados a vencer, sin tener en cuenta que en el orden de los elementos, como en el orden social, no es común que haya cataclismos, pero al fin y al cabo es evidente que los hay. ¡Qué horas tan terribles las del marino a cuyos pies se abre un abismo y sobre cuya cabeza se extiende un cielo de color plumizo, que debe ser el color de la indiferencia!... Pero más terribles, si cabe, son las horas de la familia cuyo jefe se halla expuesto a esos peligros. Despreciando la lluvia y el viento, formando un solo grupo, cual si de una suma de debilidades quisiera obtenerse una cantidad de fuerza cualquiera, se adelanta hasta la punta más saliente de la costa, desde la cual un viejo lobo marino escudriña el horizonte con el catalejo. Nada se descubre; olas imponentes se estrellan en la orilla... Cuando se disuelvan las montañas de espuma, ¿aparecerá en la playa el cadáver del padre, del esposo suspirado? El mar se venga de una manera horrible: sumerge en su seno a un hombre y luego arroja el inanimado cuerpo a los pies de la viuda y del huérfano, como si se enorgulleciera de su obra.

Una de estas escenas, frecuentes en los pueblos pescadores, uno de estos momentos de angustia en que se contempla al mar con terror y al cielo con desconfianza, ha pintado Baixeras, con la verdad, justa observación y firmeza con que trata los asuntos marineros, valiéndole merecida reputación en la especialidad que domina.

## LOS TIEMPOS PERRUNOS.

dibujos de Gualtero J. Allén

No se trata de una fábula, sino de una sátira. Allén ha dicho para sí: — Pues hay quien supone que el hombre es una bestia degenerada, no veo inconveniente en *ennoblecera* la especie, devolviéndola sus primitivas condiciones.

Una vez formulado el problema en estos términos, el artista podía escoger, para su restauración, entre el mono y el perro; el mono, nuestro noble predecesor, y el perro, nuestro leal compañero. La elección de Allén ha recaído en este último, sin duda porque siendo la humanidad una especie degenerada, la era mucho más ventajoso un abolengo menos reciente. Y hétenos en presencia de nuestros antepasados, que se apoderan de nuestros trajes y adoptan nuestras costumbres. Es una verdadera *rehabilitación*, que nos une a los perros con lazos de la más pura gratitud.

Los dibujos de Allén no pueden ser más expresivos. Ahora sólo falta quien quiera reconocer en esos perros a algún individuo de su familia. Por nuestra parte, aun haciendo a la raza canina todo el favor que merecen sus virtudes, nos declaramos en el terreno de la más franca oposición y, aun a trueque de pasar por *paricidas*, solicitamos el oportuno reparto de la acostumbrada estriénina.

## SUPLEMENTO ARTISTICO

## Lancha de una dama árabe de alto rango

Cuadro de F. M. Bredt

El paisaje es soberbio, el agua mansa, el sol radiante, lujosa la embarcación, hermosa la dama; si esta composición no es una alegoría de la felicidad, casi hemos de negar que la felicidad existe. Y sin embargo, el autor se ha propuesto todo lo contrario y a fuerza de talento ha conseguido su objeto. Este cuadro es representación exacta de la nostalgia de una mujer, a la cual han dicho: — Gasta, ríe, goza, pero no tengas alma.

Y ahí es de verla, en la proa de esa lancha, indiferente a cuanto la rodea, acariciando quizás una idea funesta. ¿Qué la importan sus galas, qué la importa su propia belleza, si estas galas no tienen un mundo donde ostentarse, si esta belleza no puede inspirar amor ni pagarlo en esperanzas? Esa mujer vive entre estatuas de piedra: las esclavas que la sirven tienen por consigna leer en su mirada, escudriñar en su pensamiento, en una palabra, son los espías colocados junto a ella por un dueño ridículamente celoso y ferozmente cruel. Si la han permitido salir de su prisión dorada es a condición de que ninguna otra lancha circulará por esas aguas; si la consenten que lleve descubierta el rostro es porque quien en su rostro fije la mirada está condenado a muerte. Tal es la condición de la gran dama árabe, que Bredt ha traducido admirablemente en este lienzo. Cinco personajes están representados en él, y de los cinco, cuatro son esclavos. Apesar de lo cual hay una sola víctima, la dama, la *señora*.

## EL BOBO DE LA FERIA

III

Quedóse Juan Pastrana como quien ve visiones, al encontrarse dueño de tan excelente cabalgadura por tan poco dinero; pasó el aparejo del burro al macho, dióle al gitano su ochentina, y, después de recibir los parabienes de algunos feriantes que acudieron a ver el milagro, montó y salió al trote por la carretera dirigiéndose hacia donde tenía las alforjas, a reunirse allí con el tío Andrés Bermejo y otros convecinos.

— ¡Hombre! ¿qué es eso? — exclamaron dos ó tres a un tiempo, viéndole llegar tan bien montado.

— ¿Qué ha de ser? — les contestó Juan muy sobre sí. — ¡Pues... esto!

Y atando la nueva adquisición a la rueda de un carro, contó a los presentes toda su aventura, y repitió luego a cada uno de los demás amigos, según iban llegando para comer, la relación minuciosa de lo sucedido, escuchando de todos alabanzas del macho y de su buena suerte.

— Pero, hombre, — le decía el tío Andrés, al cual no le cabía del todo en la cabeza que el gitano se hubiera dejado engañar, ni menos que a sabiendas fuera tan generoso, — ¿no tendrá algún alifafe oculto?

— No, señor, no; ya le ha visto el albéitar de Cabreros, que no es rana, y el tío Pablo de Villavidel, que también entiende bastante, y no le han hallado ni tanto como esto (y señalaba lo negro de una uña); lo que sí me han dicho que es ya cerrado...

— De mollera lo serás tú si crees que puede haber quien dé por ochenta reales y un burro ciego, un macho sano, y nuevo por añadidura...

— No, señor, nuevo no: está cerrado; dicen que tendrá catorce ó quince años, pero que puede servir otros tantos todavía.

— Yo lo creo. Si no tuviera otro defecto más que la edad, te podías dar con un canto en los dientes.

— Pues no parece que tenga otro.

Claro es que mientras estuvieron comiendo sus tortillas y estripando sus botos los de Javares, no hablaron de otra cosa que del cambio de Juan y de la fortuna loca que había tenido, siempre que el macho no resultara con alguna mácula incurable.

Sobre este punto concreto unos se inclinaban a creer en la posibilidad de que el macho saliera útil, otros se inclinaban a dudarlo; mas el tío Andrés Bermejo siempre fué de opinión de que el burrito había de resultar al cabo una zorra inservible.

No podía menos siendo tan barato... y siendo un gitano el que le había vendido.

Pero Juan, que casi no comió de alegría, escuchaba las reflexiones pesimistas del tío Andrés con cierta compasión, pues para él era ya indiscutible que el macho era una alhaja.

— Vamos allá, que las tardes ahora duran poco, — dijo levantándose el tío Andrés, a la hora y media de haberse sentado; y todos se pusieron en movimiento.

Juan, a quien el deseo de lucir el macho entrando en el lugar antes de oscurecer, prestaba desusada viveza, montó en seguida; pero al echar a andar se encontró con que el animal cojeaba de un pie hasta el extremo de no posarle.

— Se le habrá amortecido, — dijo un vecino de los inclinados a pensar bien.

— O le habrá dado cambrio, — añadió otro.

A Juan no se le cocían ya buenas berzas; pero el macho fué poco a poco posando la pata y cojeando cada vez menos, hasta que a medio camino le cesó la cojera del todo.

Con lo cual respiró su amo y se volvió a quedar tan satisfecho, observando que el mulito andaba grandemente.

Llegados al pueblo los de la feria, cundió entre los vecinos la noticia del buen cambio de Juan Pastrana, y no pocos acudieron en persona a enterarse del caso.

El afortunado aprendiz de chalán les refería a todos, loco de contento, los lances de la jornada, sin omitir ni aun el detalle de la cojera que había experimentado el macho al salir de Mansilla.

— ¿Conque al salir de allá cojeaba? — preguntóle el tío Blas Corbillos, como quien trata de aclarar una sospecha.

— Sí, señor; mucho, — contestó Juan; — pero en cuanto dió en andar se le fué quitando.

— Y cuando te le dieron ¿no cojeaba?

— No, señor.

— ¿Estaba con los otros en la fila?

— No señor; le andaba paseando muy de prisa un muchacho por la carretera.

— ¿Y luego tú le tuviste parado?

— Sí, señor; le até junto a las otras caballerías de acá.

— Y al salir cojeaba mucho... pues no me digas más.

Lo que va a tener éste es una cojera en frío. A la mañana no se mueve.

No le hizo a Juan buen cuerpo la profecía del tío Blas; pero quiso disimularlo para no asustar más a su mujer, que harto lo estaba ella, y al otro día se levantó muy de mañana a ver el mulo y a tratar de llevarle al agua...

Mas ¡ay! la profecía del tío Blas se había cumplido al pie de la letra: el animalejo efectivamente no se podía mover, no posaba el pie ni poco ni mucho.

El disgusto de Juan fué tremendo; ¿qué le diría su mujer cuando se enterara? y lo malo era que tenía razón de sobra para reñirle. Había empezado por no hacer caso de sus consejos el primer día, y le había pintado muy mal; había seguido no haciéndola caso, é iba de mal en peor.

¿Quién había de escuchar a Vicenta?... ¡Si haciéndole andar un ratillo dejara el macho de cojear como por la tarde!... Quiso Juan poner por obra este pensamiento, pero en hacer salir al macho desde la cuadra hasta la puerta de la calle, atravesando el corral, tardó un cuarto de hora.

Era un desconsuelo. Y luego, apenas apareció el macho cojeando en la calle se extendió la mala noticia por el lugar con la velocidad, no del rayo, sino de cualquier otra mala noticia, y comenzó a reunirse gente.

— ¿No te lo decía yo, — arguía contra Juan el tío Andrés, — que no te enredaras con los gitanos?

— ¿Qué te dije ayer tarde? — le apostrofaba el tío Blas con aire de triunfo... — Pues eso no se cura nunca... De modo que no tienes más remedio que volver a marchar con él para la feria, hoy que es el último día, a ver si en el baratillo le cambias. Te costará trabajo llevarle hasta allá, pero ten paciencia. Le arimas buenos palos por el camino para hacerle trotar y entrar en calor, a ver si cuando llegues ya no cojea. Pero allá tampoco le dejes parar un momento, porque en cuanto se enfríe vuelve a las andadas.

Al ruido de los comentarios de la vecindad reunida junto a su casa, había salido ya Vicenta al postigo con un niño en el brazo a medio empañar y una niña desnuda, un poco mayor, agarrada a la saya.

Y era de ver la cara que puso al infeliz no ya al ver el macho descuañarado, sino al ver a su marido resuelto a seguir el dictamen del tío Blas y marchar por tercera vez a la feria.

Pero Juan estaba resuelto de verdad, y cerrando los oídos a las reconveniones de su mujer, antes de media hora echaba a andar con el macho en tres pies camino de Mansilla.

La primera de las dos leguas le costó tres horas; pero la segunda la andubo en hora y media; y según le había predicho el tío Blas, al llegar al ferial ya el macho no cojeaba.



LA FAMILIA DE BOABDIL ABANDONANDO LA ALHAMBRA, cuadro de D. Manuel Gómez Moreno

Llegó á eso de las doce, púsose de nuevo á tratar con los gitanos, que le fueron mostrando un centenar de borricos entre malos y peores, y, este quiero, este no quiero, eligió una burra de bastante buena presencia, por la que trocó el macho sin dar más que dos duros encima.

Fuese á juntar como otros días con los demás del pueblo que habían llegado á la feria más temprano, y con ellos, después de haber tomado un bocadillo, emprendió á media tarde la vuelta para casa, montado en su pollina, que iba siempre la delantera.

— ¡Qué bien anda esa burra, Juan! — decía una vecina. — ¡Y va delante como si supiera el camino!

— ¿Quién dice que no le sabrá? — añadía otro. — Acaso será de Valencia, ó de Fresno, ó de cualquiera de estos otros pueblos de abajo... Como los gitanos lo corren todo...

— Al fin y al cabo has tenido suerte, — le decía otro de los compañeros de feria. — Ese me parece que ha sido el mejor trato de los tres días.

— Creo que sí, — contestaba Juan; — es una burra muy lista y muy maja, y anda que lo quema.

Antes de que se acabara de poner el sol llegaban al lugar, y se apeaba Juan á la puerta de su casa muy ufano llamando á su mujer y diciéndola:

— ¡Mira! ¡mira! Ya puedes dar por bien empleados los tres días de feria. No digas que hoy no traigo cosa de gusto... Y no me ha costado más que el macho cojo y cuarenta reales.

— ¡Jesús! ¡Esa es la nuestra burra! — exclamó Vicenta en cuanto se asomó á la puerta.

— ¡Qué cosas tienes, mujer! — la dijo Juan echándola una mirada compasiva, como si hubiera dicho un gran disparate.

— La nuestra es, — insistió Vicenta, — la que llevaste el primer día...

— ¡No seas loca, mujer, no seas loca! La burra nuestra que no podía con las vedijas y era parda... y ésta que es casi negra y tan fina de pelo...

— Porque la habrán esquilado; pero de ser la nuestra no se escapa.

— ¿Y la oreja rota? — replicaba Juan con aire vencedor, — ¿y el ojo tuerto? ¿y la nube del otro?

— Mira, — insistía Vicenta, — que á mí no me vengas con coplas, que esta burra es la nuestra todos los días. ¡Buchina! ¡buchina! — añadió enseñando á la burra un rebojo de pan, que el animal se acercó á comer confiadamente.

— ¿Lo ves, hombre?

— ¿Crees tú que no hay más burras que sepan comer pan que la tuya?

— Sí las habrá pero ésta es la nuestra... Ahí viene el

tío Andrés. ¿Verdá V., tío Andrés, que ésta es la nuestra burra?

— Parecer sí lo parece, — dijo el recién llegado; — pero la vuestra tenía una oreja caída, y ésta las tiene tan listas las dos...

— Eso digo yo, — repuso Juan envalentonado; — pero esta es más terca y más tonta que como se la ponga una cosa en la cabeza, no se la apea nadie. ¡Pues no había de ser esta burra la nuestra!... Vamos...

— Y lo es. Déjala ir á la cuadra, á que se va derecha á su pesebre.

Juan dejó la burra en libertad, no sin un poquito de miedo de que Vicenta tuviera razón; y, en efecto, la burra se fué sin vacilar derecha al pesebre que había dejado dos días antes.

Realmente era la misma que Juan llevó á la feria el primer día. Los gitanos le habían vuelto á dar su misma burra sin que la conociera. La habían esquilado, en la oreja rota le habían puesto un alambre, en el ojo tuerto una lente de cristal oscuro, que la misma burra sujetaba apretando los párpados al sentir la molestia, y la nube del otro ojo se la habían teñido con humo de aceite de linaza.

— ¡Ah, Juan! — le decía Vicenta á su marido al ver que después de tres días de ir y venir á la feria y de hacer y deshacer cambios, había dejado por allá once duros para venir á quedarse con su misma burra. — ¡Ah, Juan! Tú decías que siempre hay un bobo en cada feria, y tú has sido el de ésta.

ANTONIO DE VALBUENA

LA MEJOR PALABRA

GUARDA É TACE  
(Máxima florentina)

La mejor palabra, á lo que nos enseña el adagio, es la que está por decir: *el silencio es oro*, afirmaba un sabio, que debió de padecer bajo el poder de oradores parlamentarios ó académicos, y aun hay quien ha dicho, en versos bastante malos, que el camino de la sabiduría es *ver, oír y callar*.

Tal debía de ser la opinión de Manolito de Olmedo, uno de nuestros más distinguidos *gomosos* (*passez le mot*), que vistiendo el frac de elegante é inimitable corte, ostentando amplia y blanquísimas pechera, cubierta apenas en su extremidad inferior por el cruce del chaleco de un botón solo, luciendo en la ya mencionada pechera, blanquísimas y brillante, obra maestra de la planchadora que prodiga el añil, un botón de oro, tamaño como un plato de pos-

tre, que venía á coincidir con el esternón, y haciendo sonar, con cierta aristocrática negligencia, dos cadenas delgadísimas, que partiendo del bolsillo del chaleco iban á sumergirse en los correspondientes del pantalón, penetró en la sala de billar del casino á poco más de las diez y media de la noche.

La entrada de Manolito de Olmedo llamó la atención de los cuatro socios que jugaban unas carambolas y de los que, tomando tranquilamente cerveza ó café, presenciaban la partida.

— Hombre, — dijo uno: — tú por aquí á estas horas, ¿cómo tan pronto?

— Cállate, — contestó con enojo Manolito, — si nos han cambiado la función en el Real. Iba yo muy decidido á oír á Gayarre, y me encuentro con que va á cantar otro: no sé quién, ni me importa: no siendo Gayarre, todos los tenores son para mí insufribles.

— ¿Y cómo está el teatro?

— Como siempre, deslumbrador. En este primer turno, la sala del Real es la antesala del cielo, y me quedo corto.

— ¿A quién has visto allí?

— A todo Madrid: es decir, todo el Madrid elegante. Allí estaban las de... — y al llegar á este punto, Manolito de Olmedo enmudeció de repente: detúvose un momento y después, como quien adopta una resolución, concluyó la frase interrumpida diciendo: — En fin, ya lo he dicho, todo Madrid, — lo cual, evidentemente, no era lo que él se había propuesto decir.

— Pero, chico, — le dijo uno que había escuchado con gran atención á Manolito; — pero chico, dime al menos qué tal estaba el *mujerío*: qué muchachas habían, á qué jamonas has saludado.

— No he saludado á nadie, no he visto á nadie, no sé que hubiese nadie.

Todos los concurrentes soltaron la carcajada al escuchar estas razones; pero Manolito, sin hacer más caso de las carcajadas que el que había hecho de las preguntas, tomó asiento cerca de un velador y pidió á un camarero que le sirviese una copa de ron, y encendiendo una magnífica breva, dijo, como si consigo mismo hablase, pero contestando indudablemente á las risas de sus consocios: *Santo silencio profeso*.

Y no volvió á despegar los labios. Los jugadores, convencidos al cabo de la inutilidad de sus esfuerzos, tornaron á sus carambolas; tornaron los mirones á sus asientos y volvió todo á su primer estado, como dijo casi, traduciéndolo bastante mal de un poeta francés, un poeta español. Alguien hubo, no obstante, que no se quiso dar tan fácilmente por vencido; bien porque su curiosidad fuese ma-



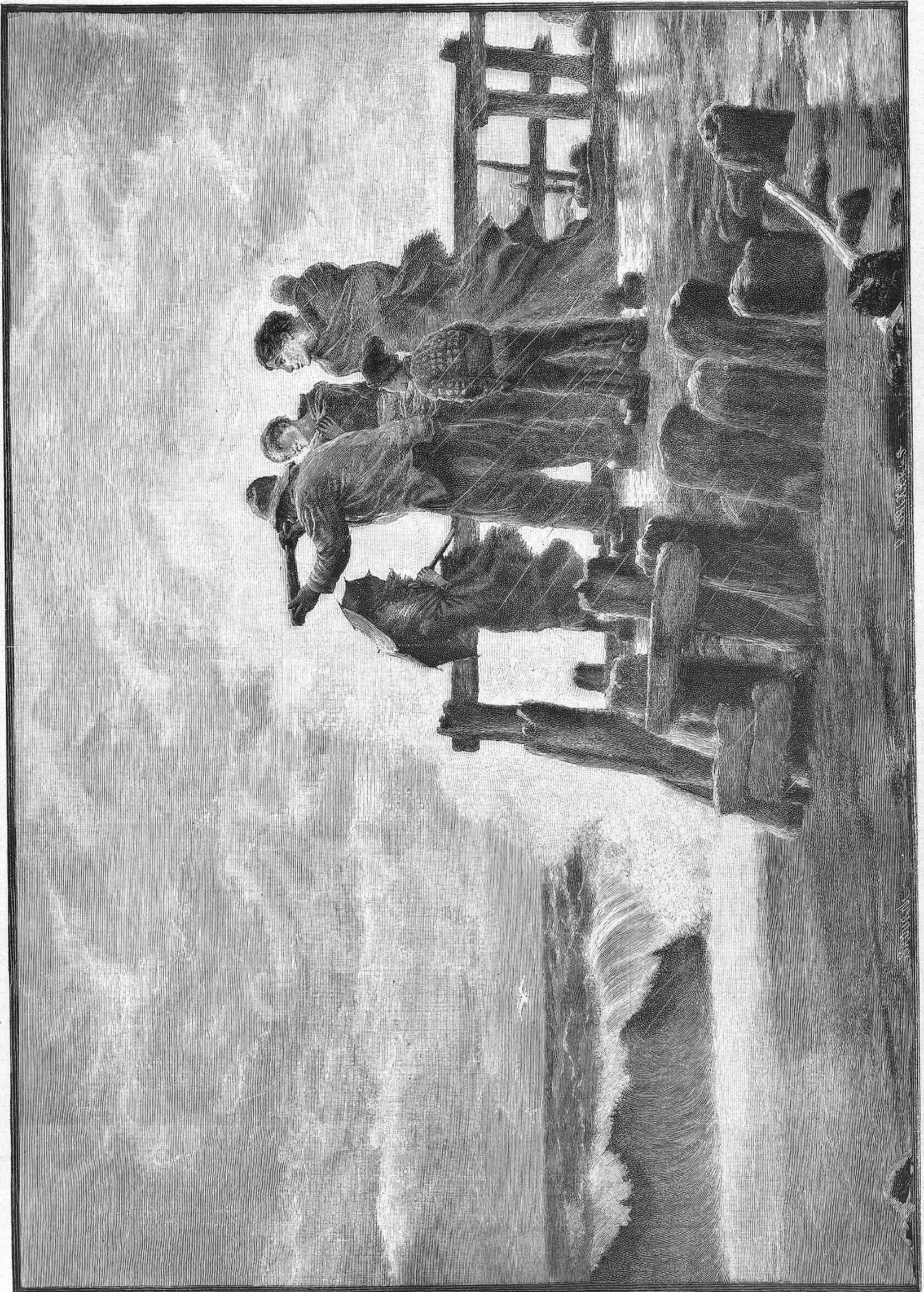
LA PRESENTACIÓN DE LA VIRGEN, cuadro de Rembrandt





LANCHA DE UNA DAMA ÁRABE DE ALTO RANGO, CUADRO DE F. M. BREDT





¡ANSIEDAD! cuadro de Baixeras, grabado por Sadurní



LOS INTELIGENTES



EN EL TEATRO

yor que la de los otros, bien porque tuviese más poderosos motivos para insistir, un joven de la misma edad que Manolito se acercó á la mesa en que éste saboreaba alternativamente el ron de Jamaica y el tabaco habano; hizo que le sirviesen otra copa, encendió otra breva y dió comienzo á sus investigaciones en la forma siguiente:

— Amigo Manuel, tú sabes perfectamente que no soy curioso. Que hayas visto y hayas saludado en el teatro Real á todas las mujeres de Madrid, la mía inclusive, me importa un comino; pero te confieso que me ha llamado la atención tu silencio repentino; tú ibas á decir algo, esto para mí es indiscutible. De pronto, alguna razón, que á mí no se me alcanza, te obligó á variar de propósito. Lo que pensabas decir, lo repito, me importa muy poco; pero los motivos que has tenido para callar, te lo declaro, han excitado mi interés. Sabes que tengo mis puntos y ribetes de novelista, y he creído adivinar algo de novela en ese cambio brusco de pareceres, en el que los demás amigos sólo han visto un capricho de espíritu impresionable. Dime si me equivoco.

— Hombre, te diré, — contestó reposadamente Manolito, que había escuchado sin mover sus labios el discurso de su compañero, — te diré: equivocarte, no te equivocas del todo: algo hay de novela, mejor dicho, de historia, y de historia triste en el asunto; pero desde luego te aseguro que la historia, aunque triste, como he dicho, tiene muy poco de interesante.

— Así y todo, yo te agradecería que me la refirjeses; te confesaré mi debilidad, aunque alardeo de no ser muy curioso, tengo ese flaco, lo mismo que mi mujer.

— Vaya, pues no he de haceros pasar mal rato ni quiero prolongar más tu martirio: allá va la explicación de lo sucedido. Hoy, como siempre, dejándome arrastrar por mi genio alegre y ligero, habría yo citado una por una á todas las mujeres á quien en el teatro Real he visto; pero de pronto surgió en mi ánimo el recuerdo de una noche, de memoria muy triste, en que esa misma ligereza mía, — sin yo quererlo, por supuesto, — originó gravísimos disgustos, y aun pudo ser causa de desgracias muy grandes, y resolví callar y callé.

— ¿Y tendrías algún inconveniente en referirme esa historia de desdichas?

— Absolutamente ninguno. ¿Te acuerdas de Perico Luna?

— Mucho.

— Pues bien; una noche, pronto hará de esto cuatro años, me lo encontré de manos á boca cuando yo entraba en este salón mismo. Las mismas, mismísimas preguntas que hoy me habéis dirigido, me fueron dirigidas por él. — ¿Cómo tan temprano? — ¿Qué tal estaba el teatro? — ¿A quién has visto allí? — ¿Qué mujeres había?

— Yo contesté á todas, y concluí diciendo á Perico Luna: «Y he visto también á tu mujer. — ¿Dices que has visto á mi mujer? — preguntó sorprendido. — Sí, — dije yo, — eso digo.

— Vamos, querrás decir que has creído verla.

— No, no: quiero decir que la he visto.

— Pero, ¿en el teatro Real?

— En el teatro Real. Fila 2.<sup>a</sup>, núm. 4.

Perico Luna no insistió: se limitó á encogerse de hombros y dijo con la mayor naturalidad: — Pues creía yo que no había ido esta noche. — Y poco después desapareció.

Yo no dí importancia alguna al incidente, tomé café, bebí una copa y fumé mi cigarro. Fui á casa y dormí con la mayor tranquilidad: calcula tú cuál sería mi sorpresa y cuán desagradable cuando me enteré al otro día de que Perico Luna tenía un lance pendiente con un coronel de ingenieros, y cuando supe que yo, aunque inocentemente, había sido causa por mi charla infantil de aquel disgusto. Según supe después, porque estas cosas siempre se saben después, Perico Luna, — que era terriblemente celoso, — había querido llevar á su mujer, de quien estaba enamorado como un idiota, al teatro Real: ella, bien porque realmente se sintiera indisputada, bien porque no tuviese ganas de vestirse, pretextó un fuerte dolor de cabeza y se negó á aceptar el convite de su marido, á quien aseguró que se acostaría muy temprano. No necesito decirte si en un Oteló con frac, que esto era, y presumo que seguirá siendo Perico Luna, produciría efecto la noticia que yo le disparé á quema ropa, de que su mujer estaba en el teatro. Procuró disimular su cólera, y sin detenerse un momento, ni cambiar de traje, que no estaba su ánimo para esos miramientos, se fué á la carrera desde el casino al Real, entró en la platea y con la velocidad del rayo se dirigió á la fila cuarta: allí vió en efecto á su mujer, más hermosa que nunca, y, lo que es peor, departiendo alegremente y aun permitiéndose ciertas bromas y algunas coqueteterías con un buen mozo que tenía aspecto de militar. Ver esto Perico Luna, y perder el juicio y ponerse ciego, fué todo uno: lanzóse á la butaca que ocupaba su mujer, dió un empujón descomedido y brutal al buen mozo, y cogiendo violentamente á su mujer por el brazo, gritó con voz de trueno: «Señora, ¿cómo está V. aquí, sin mi licencia? Vamos á casa ahora mismo.» Un grito de angustia, al cual siguió otro grito de asombro, dado el primero por la señora y el segundo por Perico Luna, pusieron en conmoción á todo el teatro. La señora fué acometida de un desmayo; y Perico Luna estuvo á punto de desmayarse también, cuando advirtió que había incurrido, lo mismo que incurrió yo, en un error: aquella señora no era su mujer, si bien era tan parecida á ella que era necesario hablarla y oirla para salir de la equivocación.

Perico Luna, confuso, aturdido, no supo qué hacer, ni cómo excusar aquel atropello propio de un loco. Pretendió dar explicaciones y pedir perdón; pero ni fueron oídas las unas ni el otro fué concedido. Cansado al cabo de hablar y de manotear sin hacerse entender acabó por arrojar la tarjeta al buen mozo que resultó después ser coronel de ingenieros, y se fué á su casa, donde halló á su mujer durmiendo tranquilamente.

Por más que los amigos hicieron, por más que intentaron atenuar la gravedad del hecho, fundándose en el evidente y extraño parecido de las dos señoras, no fué posible excusar el lance. Perico Luna sacó de él una herida en el brazo que le tuvo dos meses en cama.

Como ves, la cosa fué grave y aun pudo serlo más; sobre todo, si conforme yo me equivoqué, no me hubiera

equivocado. ¿Quién me mandaba á mí decir á Perico Luna si había visto ó no había visto á su mujer?

¿A qué conducía darle esta noticia?

Desde entonces, cuando en algún sitio encuentro á una mujer casada, sin su marido, no la veo; y si la encuentro con su marido... no la veo tampoco. Desengáñate, amigo mío, tiene razón el vulgo: «la mejor palabra es la que está por decir,» y para vivir en este valle de lágrimas sin grandes remordimientos de conciencia, conviene ser *ciego, sordo* y sobre todo *mudo*.

A. SÁNCHEZ PÉREZ

#### UN MUCHACHO POETA

Que es como quien dice:

Un muchacho que para nada sirve.

Claro es que no aludo á los poetas de veras, porque son pocos y muy dignos de estimación.

Me refiero á esa pléyade, ó, mejor dicho, á esos pelotones de chicos de bien, pero vagos de suyo, que sienten los primeros dolores poéticos en sus verdes años y que así llegan á la portería del Parnaso como cualquier respetable profesor en obra prima.

Es un vicio natural y propio de nuestro carácter meridional.

Así podemos enorgullecernos los españoles con el recuerdo de tantos y tan ilustres poetas, en todos los siglos y particularmente en el siglo de oro, como denominan algunos autores al siglo XVII, y que, según don Francisco de Quevedo, no era sino de cuerno.

De la edad de oro  
gozaron aquéllos:  
pasó la de plata  
pasó la de hierro,  
y para nosotros  
vino la de cuerno.

Los españoles hemos vivido siempre en verso.

Solemnidades políticas: coplas ad hoc.

Catástrofes públicas: coplas de hoc.

Dichas y desdichas han encontrado constantemente un coplero que las cante, aunque sea malamente.

Donde menos se teme aparece un chico que versifica en los ratos perdidos, pero completamente perdidos.

Se casa el principal de un establecimiento de ultramarinos.

Pues raro será el principal que no se vea sorprendido con un epitalamio, y Vds. perdonen, original de alguno de sus dependientes, que se revela como poeta.

Le nace un chico á cualquier jefe de negociado, por ejemplo.

En su oficina, entre sus subordinados oficialmente, no falta un auxiliar sexto de la clase de vigésimos que improvise una oda á la medida del recién nacido.

Hay más.

Muere una persona, y un cuarto de hora después del fallecimiento, al tiempo mismo que penetra en la casa mortuoria algún dependiente de empresa fúnebre, para ofrecer sus servicios á la familia del difunto, llega á manos de ésta una carta, no siempre limpia, en sobre con orla

negra; y en la carta, manuscrita casi en geroglífico, una elegía ó herejía dedicada al difunto.

En verdad sea dicho, la elegía es contra el difunto y contra la familia.

En la composición, escrita en libertad, sin temor de torcer las líneas ni de ofender á la lengua castellana, se dice, en la última estrofa:

«Que el dolor que el poeta experimenta le dificulta la ortografía, la sintaxis y la escritura.»

Ha ocurrido alguna vez que el vate fúnebre equivocara las circulares; porque un mismo modelo sirve para todos los muertos adultos, y con variantes en el género, para todas las difuntas, y hay otro modelo para niños y otro para niñas.

Así es que, por descuido, muy justificable en los poetas de ultratumba, y aun más justificable si se tiene en cuenta la mala alimentación, por entregar al criado en una casa donde ha fallecido una persona á la edad de ochenta años una elegía modelo número 1 supongamos, le han entregado otra modelo número 3.

Cuando un pariente del difunto, que había sido un hombre importante y muerto de viejo, abrió la poesía memorial del buho ó buhonero literario, leyó:

«Ha muerto malogrado, cuando apenas abiertos á la luz sus tiernos ojos empezaba á vivir. Angel sin penas sin conocer al mundo....»

En poco estuvo que no bajara el fúnebre y angelical poeta rodando por la *tierna* escalera.

El de la poesía es vicio incorregible.

Dicen Vds. á un niño:

— Estate quietecito, y no te toques la nariz.

Y el niño suele corregirse, por lo menos, del vicio de rascarse la nariz.

Pero dicen Vds. á un joven que se siente poeta:

— Deja esa pluma y no escribas disparates.

Y no se corrige en la vida.

Ha oído asegurar que los poetas de veras se franquean todas las puertas, llegan á los primeros puestos públicos, lo mismo que don Quijote había leído de los caballeros andantes.

Y se dicen:

— ¡Arriba, pelele!

Digo:

— ¡Arriba, poeta! y no hay quien les obligue á apearse de sí mismos.

Y sucede que los verdaderos poetas apenas pueden vivir con lo que cobran.

Con que imaginen Vds. lo que ocurrirá á los vates de aluvión.

Cuando menos lo sospecha se encuentra un vecino pacífico ó no pacífico, y sin conocer al autor, con un tomo de poesías de don N. N.

Y aun suelen salir á luz bien impresos y en buen papel y todo.

En los títulos hay exceso de capricho, generalmente.

Parecen algunos de ellos anuncios de baile público ó de sociedad dramática.

«Retortijones del corazón.»

«Quejas, gritos, ahullidos y carcajadas extridentes.»

En otro género, filosófico:

«La razón del génesis.»

«Materia, fósforo... (y coro de ambos sexos.)»

Bien mirado ¿cómo han de quejarse los que sufran dolores morales sino en verso?

Suena tan bien un vate, digo, una poetisa... no, una poesía, en que cante ó lllore un chico inspirado ó siquiera á medio inspirar, vamos, á medio pupilo, en casa de las Musas:

Herido voy en el alma  
y no lo conoce nadie  
y es que la agresora ha sido  
una mano con su guante.  
Y yo, muriéndome solo,  
canto para recrearme  
en ver salir mis dolores  
por la puerta de la calle.

Hay quien se duele en quintillas y quien se duele en romance ó en cualquier otro metro, porque ó es poeta un hombre ó no es poeta.

Solicitar una credencial en verso es llevar ganada la partida.

Declararse á una muchacha en verso, equivale á rendir el corazón de la muchacha.

Y aun escribir en verso á un acreedor, ó llenar la hoja de empadronamiento, es ventajoso para todos.

El joven que va para poeta no es un joven que «no va á ninguna», como dicen las chulas.

Adonde no va es á clase, porque sabe hasta en latín, relativo, que *poeta nascitur orator fit* y lo traduce y todo, diciendo: «el poeta nace y el orador se hace.»

De donde resulta que como ha nacido poeta y no quiere hacerse orador ni nada más que ropa en algunas ocasiones, se contenta con lo que ignora y no quiere saber más.

Pedirle que trabaje y que procure ganarse el pan con el sudor de su rostro como las personas, es pedir peras al olmo.

Para no trabajar quiso el destino  
que naciera poeta y no pollino.

Y esto que dice lo practica: es decir: no trabaja y vive, á las veces, aunque con vilipendio.

Pero aquí de lo que opina don José Zorrilla de don Pedro, *el Cruel*:

Osado y antojadizo  
mató, atropelló cruel;  
mas por Dios que no fué él,  
fué su tiempo quien lo hizo.

¿Qué culpa tiene un hombre por meterse á poeta sin serlo?

Está en la atmósfera la poético-manía.

Los españoles nos hemos criado en verso, hemos crecido poetizando, y morimos sin dejar de soñar.

«Somos poetas por naturaleza» según opiniones de varios autores.

Somos poetas, pero de esos de los *Retortijones del corazón*.

Esto es: poetas malos.

EDUARDO DE PALACIO

LOS INVENTORES Y LOS CIEGOS

Antes que Valentín Haüy, algunos filántropos habían imaginado diversos medios para facilitar la educación de los ciegos y ponerlos en relación con los que están dotados de vista; mas por ingeniosas que fuesen sus tentativas aisladas, faltábales la cohesión necesaria para constituir un conjunto fecundo, y por lo mismo debían perderse con sus autores. En el siglo XVI, Lucas de Zaragoza tuvo la idea de trazar en madera los caracteres del alfabeto en hueco; Moreau, de París, imaginó en 1640 los primeros caracteres móviles en relieve; pero este inventor, como otros muchos, no fué secundado en sus trabajos; el ciego inglés Saunderson construyó las primeras tablas de cálculo; y en cuanto á los libros impresos por una joven ciega, la señorita de Salignac, muerta en 1763, no conocemos detalle alguno sobre sus medios de ejecución. La oscuridad que reina respecto á los ensayos hechos en épocas muy próximas á la nuestra indican que no pudieron generalizarse, ya porque los métodos se reconocieran como poco prácticos, ó bien porque no hubiera entonces vulgarizadores enérgicos y perseverantes, como lo fueron los dos inventores, uno de ellos ciego, á quien debemos los métodos propagados hoy en todo el mundo: estos dos inventores fueron Valentín Haüy y Luis Braille.

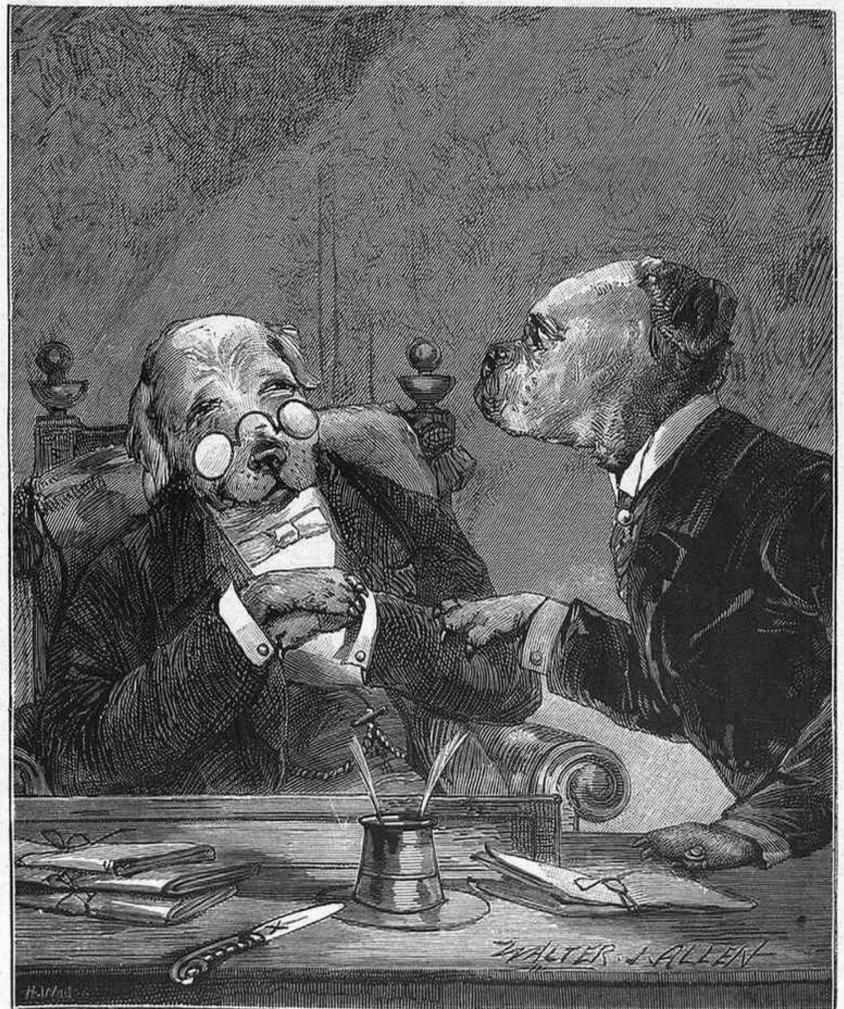
Valentín Haüy, nacido en 1745, á quien llamaron la atención los resultados obtenidos con los sordo-mudos por el abate l'Epée, resolvió dotar también á los ciegos de medios propios para desarrollar su inteligencia, facilitando su instrucción. Inspirado por su genio, entrevió todo el partido que se podía sacar del tacto, desarrollado tan maravillosamente por la naturaleza en aquellos á quienes ha privado del sentido de la vista; y después de fabricar caracteres móviles en relieve que representaban las letras del alfabeto, encargóse de la educación de un mendigo ciego, el joven Lessuer. Gracias á los rápidos progresos obtenidos, el nombre del inventor llegó á ser muy pronto célebre y esta tentativa fué el origen de la fundación del Instituto de jóvenes ciegos en París.

Luis Braille, hijo de un artesano como Haüy, vino á completar la obra de su antecesor y todos sus trabajos se distinguen por ese carácter de sencillez observado en los inventos debidos á los ciegos. Nacido en 1809 en Coupvray, Braille perdió la vista á la edad de tres años á consecuencia de una herida; en 1819 ingresó en el Instituto de ciegos y habiéndose distinguido allí, primero como discípulo y después como profesor, publicó en 1829 su admirable *Anaglifografía*, método de lectura y escritura por puntos de relieve, que es una obra maestra de sencillez práctica. Igualmente propio para los manuscritos y el impreso, este método se aplica á la ortografía, á la estenografía, á las matemáticas y á la música; empleado desde 1849 en la impresión de los libros, hoy está casi universalmente adoptado; y con razón escribió un ciego al hablar de él: «Lo que Gutemberg fué para los que están dotados de vista, Braille lo ha sido para nosotros.»

Sin embargo, como los signos en relieve de Braille exigen un espacio considerable, los inventores buscaron métodos estenográficos para abreviar la escritura: los dos



LA CUENTA



EL PRETENDIENTE

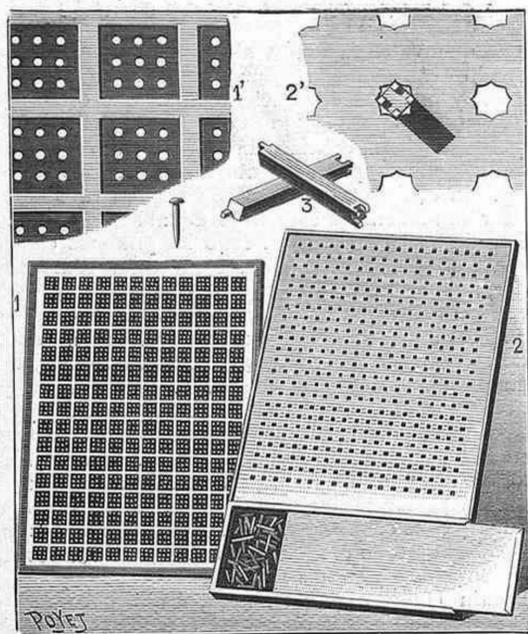


Fig. 1. - Aparatos para calcular, para uso de los ciegos: 1. Tabla Ballú. - 1'. Detalle de los cuadrados alfiler. - 2. Tableta Oury. - 2'. Detalle de los octógonos. - 3. Clavijas encarnadas

principales adoptados en Francia son, el sistema imaginado por Mr. Ballú, y el debido á Mr. Sizeranne, sistema ortográfico que, como el anterior, toma sus signos del alfabeto Braille.

Los caracteres escritos ó impresos en relieve se leen con la extremidad interna del índice de la mano derecha ó de la izquierda, debiéndose tener ambas abiertas sobre la página; y admira la rapidez con que algunos ciegos, después de aprender el sistema Braille, recorren las líneas trazadas según ese método tan práctico.

Hace un siglo ensayáronse muchos sistemas para poner á los ciegos en comunicación con los que tienen vista; pero los más consistían en hacerles trazar con un lápiz los caracteres del alfabeto ordinario, sirviéndose de reglas con aberturas. En Inglaterra la tableta Moon, compuesta de hojitas de madera pegadas en un pedazo de tela, permite escribir en línea recta á lo largo del borde de una de aquellas, doblándose una sobre otras al fin de cada línea. La escritura con lápiz se estudió igualmente por Guldberg en Dinamarca, por Galimberti en Italia y por Bourgougnón en Francia. Más tarde, Duphau construyó su *trastangible* por medio de estrechas láminas de cartón equidistantes, adheridas en un pedazo del mismo material pero muy grueso; pero todos esos sistemas no permitían al ciego comprobar lo que había escrito. Lo que debía buscarse era una escritura en relieve, fácil de leer para los que, dotados de vista, desconocían el sistema de Braille, y que el dedo del ciego pudiese trazar y leer con facilidad.

El sistema existe hoy: es la estilografía, ideada por el conde de Beaufort. Nada más sencillo que el aparato llamado estilógrafo, debido al inventor, tanto que cualquiera, sea ciego ó no, puede construirle por sí mismo. Cúbrase una hoja de cartón de un pedazo de paño grueso, y después de tender sobre ella una serie de alambres ó de cuerdas paralelas y horizontales, separadas por espacios de cuatro milímetros por lo menos, colóquese sobre esta tableta una hoja de papel; después, con ayuda de un punzón, se trazarán, volviéndolas, las letras del alfabeto ordinario, redondeando los ángulos y prescindiendo de los enlaces. El relieve de las cuerdas permite hacer letras de igual altura; y así se trazarán, después de un breve aprendizaje, líneas de letras en hueco, que el ciego podrá leer en relieve, volviendo el papel. Si hay dificultad en invertir los signos de la escritura, escríbanse las letras en hueco, y el ciego, familiarizado con el sistema Braille, las leerá fácilmente en relieve y á la inversa. Los ciegos han

acogido muy favorablemente este sencillo invento; y la estilografía, practicada hace ya tiempo en el Instituto de París, ha producido muy buenos resultados, pues algunos meses bastan á los discípulos para escribir correctamente.

Aunque le Braille esté casi universalmente adoptado, en el extranjero se emplean otros sistemas, de los cuales el más importante es el inventado por Moon en Inglaterra en 1847. Los ingleses tienen también la letra romana ordinaria, el *Glascov*, imaginado por Alston en 1857, el *Edimburgo triangular*, inventado por Gall en 1827, y otros que sería ocioso citar aquí.

Debemos hacer especial mención de los ensayos practicados por Hassenfratz en 1783 y por Chaland en 1820, para facilitar á los ciegos el medio de escribir con tintas muy espesas que produzcan en el papel un relieve después de secarse. Con esta tinta es preciso retocar dos veces los mismos caracteres, y puede prestar servicio á los que están dotados de vista para escribir á los ciegos; pero á estos últimos no les reporta ventaja alguna, porque deben tocar la primera letra antes de secarse, y de consiguiente hacer borrones que impiden leer con claridad.

A M. Mattei, profesor de matemáticas en el instituto nacional, se deben los ensayos hechos en 1883 sobre el cálculo, y en particular el cálculo escrito, los cuales han demostrado la ventaja del segundo sobre el que se efectúa por medio de aparatos especiales; pero creemos curioso dar á conocer algunos de estos últimos.

En primer lugar figura la *Tabla de Ballú* (fig. 1), compuesta de una placa dividida por líneas metálicas salientes en un gran número de cuadrillos ó casillas perforadas por nueve agujeros dispuestos de tres en tres, y numeradas de 1 á 9. En uno ú en otro de estos agujeros se puede introducir un alfiler cuya cabeza redondeada sobresale en la placa y figura las cifras de 1 á 9, según el número del agujero ocupado por el alfiler. A pesar de la sencillez de este sistema, necesitase una larga práctica para llegar á leer rápidamente los números así formados.

La tabla inglesa de Taylor tiene la placa de metal provista de agujeros en forma de octógono regular estrellado, en el que pueden ajustarse pequeñas cuñas prismáticas, terminadas en cada cual de sus extremidades por una saliente en bisel, una lisa y otra denticulada. Como la cuña se puede disponer de 16 maneras diferentes en cada agujero, es posible figurar las 10 cifras del sistema decimal y los principales signos algebraicos; pero el ajuste de las cuñas obliga al ciego á tantear mucho, por lo cual este aparato es inferior al precedente.

La tabla de Oury, imaginada muy recientemente, es mucho más sencilla. Utilizándose de las diversas posiciones que una cuña cuadrangular puede ocupar en el agujero octogonal de la tabla Taylor y también de la circunstancia de que las cifras Braille se pueden reducir á cuatro tipos, el inventor emplea dos especies de cuñas de corte cuadrado de madera ó de metal, que llevan en sus extremidades, unas las cifras 2 y 4 (cambiando su orientación conviértense en 3, 5, 9 y 6, 8 y 0) y las otras los números 1 y 7. El inventor espera reducir su combinación á una sola especie de cuña, en cuyo caso el ciego no necesitaría elegir. Según se ve en la figura, la tabla de Oury forma cuerpo con una caja de tapa corrediza que contiene las cuñas en dos compartimientos distintos.

Para los ciegos se han inventado muchas máquinas de escribir, y las más de ellas tienen por objeto no sólo facilitarles la escritura del sistema Braille sino también la del alfabeto ordinario.

M. Reurdon fué el primero que ideó un aparato de este género; pero hoy día tenemos otro más sencillo, inventado por M. Mauler, cerrajero mecánico. Esta máquina (fig. 3) tiene por órgano esencial un platillo (fig. 2) horizontal, guarnecido en su borde circular de una serie de plaquitas, provista cada cual de uno de los signos del alfabeto Braille y el carácter correspondiente del nuestro; y ambos sistemas están dispuestos en dos coronas concén-

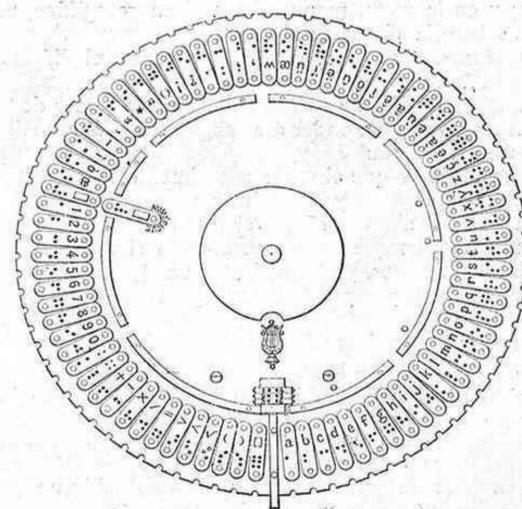


Fig. 2. - Disco de la máquina Mauler representada en la fig. 3.

tricas. El platillo que gira al rededor de un eje vertical, se puede fijar momentáneamente por medio de una espiga de resorte que penetra en una de las escotaduras de que está guarnecida en su circunferencia, y cada plaquita corresponde exactamente con una de aquellas. Un bastidor que oscila al rededor de un eje horizontal sostiene los dos rodillos en que el papel se arrolla, y el bastidor se mueve por medio de una palanca que el individuo tiene en la mano izquierda; en aquella se desliza un pequeño tapón movable guarnecido de caucho, y un tornillo de presión sirve para fijarle en el aplomo de la corona exterior (signos Braille), ó en el de la interior (alfabeto vulgar). Cuan-

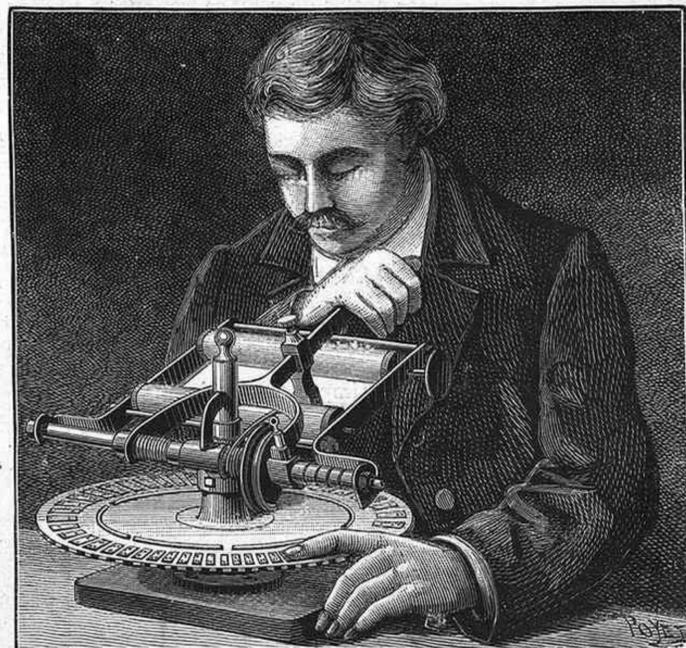


Fig. 3. - Ciego escribiendo con la máquina Mauler.

do el ciego tiene ante sí la letra apetecida, y la espiga de resorte, penetrando en la escotadura correspondiente, ha fijado por un momento el platillo, baja aquél la palanca, lo cual pone en contacto el papel con el citado platillo; además de esto, estando el papel oprimido por el caucho del tapón, sufre un verdadero estampado, y así se ve que de un solo golpe de aquél el escritor imprime en relieve todos los puntos del signo Braille que deseaba trazar. No entraremos en el detalle de otras disposiciones accesorias, muy ingeniosas, que permiten desviar el bastidor lateralmente; pero justo es hacer mención del punto capital del invento, que es el siguiente:

Cuando el ciego imprime el alfabeto ordinario, con ayuda del aparato Mauler, traza en relieve y no en color, y por lo tanto puede comprobar lo que ha escrito (cosa imposible con la escritura de color), rectificando también cualquiera equivocación cometida. Así, por ejemplo, si ha escrito la O en vez de la L, sus dedos advierten la falta; entonces hace volver el papel de modo que la letra O esté bajo el tapón, mientras que trae la L del platillo, y de un solo golpe de aquél la letra inexacta queda aplastada y sustituida muy claramente por la que se desea.

Terminaremos este rápido estudio anunciando á nuestros lectores la existencia en París de un curioso museo especial para los ciegos, que contiene, entre muchos objetos propios para el trabajo profesional, dos curiosos sistemas de agujas (fig. 4), las cuales puede el ciego enhebrar fácilmente.

En la figura se representan además algunos juegos, por ejemplo, damas, ajedrez, asalto, etc.

El museo de que hablamos, propio de Valentín Haüy, prestará los mayores servicios á todos los que se dedican á enseñar á los ciegos y á los que se cuidan de proporcionar á esos infelices medios para que recobren el lugar á que tienen derecho en la sociedad.

Tomado del periódico: *La Nature*.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria  
BARCELONA. - IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

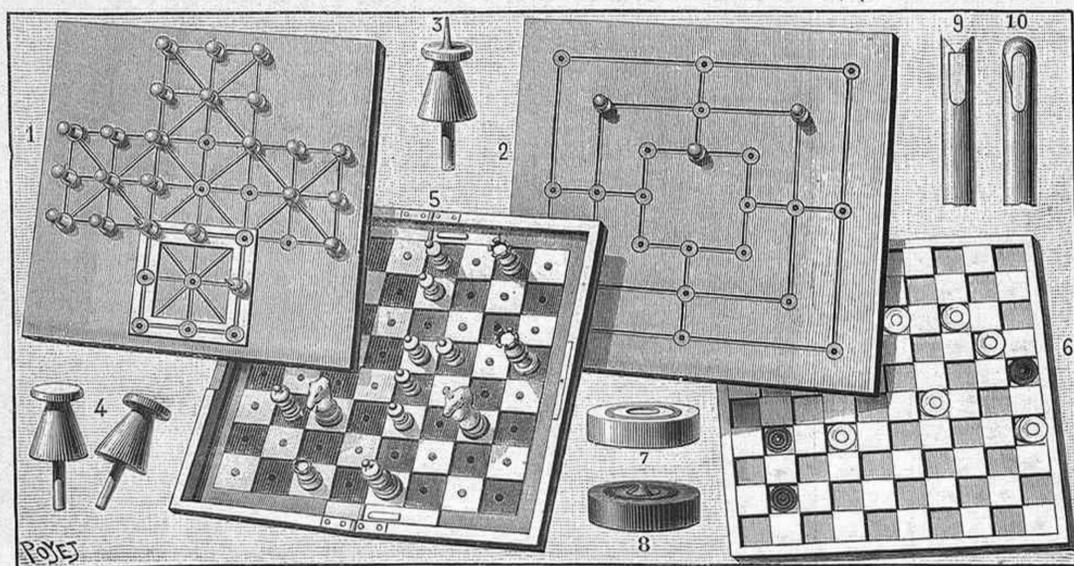


Fig. 4. - Juegos para uso de ciegos: 1. Asalto. - 2. Juego de Co-Bang. - 3 y 4. Peones. - 5. Ajedrez. - 6. Damas. - 7 y 8. Damas negra y blanca. - 9 y 10. Agujas para ciegos (muy agrandadas).